

lecturas

Sobre cultura femenina

Leo a Rosario Castellanos desde la perplejidad de saberme ya mayor que ella. Desde la posibilidad de verla, dentro de bastante poco, como una mujer que murió muy joven cuando, hasta ahora, para mí siempre había estado entre “los grandes”. Para empezar, nació el mismo año que mi padre y, por lo tanto, pertenece a la generación anterior. Sin embargo, el tiempo en la literatura carece de indicadores fijos y ahora la edad, para mi propio desconcierto, me depara una nueva perspectiva. Dejo de escuchar su nombre como el de un monumento de piedra, un parque, una biblioteca, y empiezo a sentir a la persona, a la escritora que palpita detrás del homenaje nacional, del reconocimiento público, de esa tramposa posteridad: la fama póstuma.

Presumo que su consagración produjo un efecto de distanciamiento —al menos a mí me lo había producido—: la convirtió en una Autora, con mayúscula; entrada en los diccionarios, asunto de eruditos y tema de investigación. Su lectura se volvió obligatoria. La institucionalización convierte la literatura en algo muy serio: la separa de los simples mortales. Rosario Castellanos, entronizada en la Rotonda de los Hombres Ilustres (cuando aún no entraba en la categoría de lo ilustre el género femenino y ella inauguró la necesidad de rebautizar el mausoleo como el de las “Personas Ilustres”), se había solemnizado y estaba lejos de mi caótica, indisciplinada, antiprofesional manera de leer. El elogio oficial me la había vuelto una extraña. La perspectiva de la edad me la devuelve, porque allá, en el Panteón de los Grandes Nombres, en el homenaje, en el monumento, en la aprobación unánime, en el consenso —y no sé exactamente por qué

me produce tanta desconfianza el consenso—, en el consenso absoluto de la escritura canonizada, sólo podía leerla con una mirada superficial, como la de quien hace la tarea.

Pero Rosario Castellanos no es eso. Atisbo su vida. Me conmueven las anécdotas de que está llena su biografía. Adivino su don conversacional. De pronto me siento una interlocutora de esa mujer de 49 años que estaba escribiendo hace más de treinta cuando la sorprendió la muerte en la embajada de México en Israel. Me pregunto: ¿hubiéramos podido ser amigas ella y yo? Me respondo: hubiera sido un enorme privilegio gozar de su amistad.

Leo sus textos críticos. Su atento trabajo de lectora. Su búsqueda, en otros textos, de respuestas a sus preguntas de escritora. Me anima una curiosidad morbosa. Su trayectoria como pensadora sufre una inquietante inversión. Su tesis de filosofía contiene sin duda el germen de su desarrollo. Comienza con una pregunta sobre la cultura femenina. Su punto de partida —las ideas misóginas de Shopenhauer, Weininger o Nietzsche— es implacable y la conclusión de ese texto académico niega la necesidad de que las mujeres participen de la creación intelectual: ellas no tienen que recurrir a la cultura para lograr la trascendencia del espíritu y alcanzar la plenitud humana, pues cuentan con la posibilidad de trascender a través de la procreación. Asume la prueba contundente de la ausencia de mujeres en el espacio de la cultura; allí, los nombres femeninos son siempre escasos y excepcionales. Cuando alguna mujer destaca, concuerda con Weininger, no es la mujer la que pinta o escribe o produce, sino lo que de masculino hay en ella:

la noción decimonónica sobre la incapacidad intelectual del género femenino era moneda corriente en el México de los años cincuenta [...] Rosario Castellanos [...] vivió atormentada por la convicción —que más tarde abandonaría— de que, en las mujeres, la vocación literaria era incompatible con el deseo de tener hijos.¹

¹ Gabriela Cano, “Sobre cultura femenina” de Rosario Castellanos, en Rosario Castellanos, *Sobre cultura femenina*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005, p. 25.

Gabriela Cano recupera este texto que había estado en el olvido durante más de medio siglo —por algún tiempo “pudo consultarse en bibliotecas universitarias, pero más tarde la obra se volvió una rareza bibliográfica, inhallable en acervos públicos”— y el Fondo de Cultura Económica nos ofrece una hermosa edición de pasta dura con su camisa a colores. Como nos lo explica la editora, el texto

se inscribe en el “ensayo de género”, una tradición de escritura [...que consiste en] un vasto conjunto de textos, escritos casi siempre por autoras, que discuten el estatuto de las mujeres en la sociedad y confrontan la pretensión masculina de monopolizar la historia, la cultura y la autoridad intelectual.²

El examen en el que se defendió esta tesis ocurría en 1950. En ese año, las mujeres en México todavía no eran ciudadanas. En Francia, apenas acababa de aparecer *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir. Rosario Castellanos tenía 25 años y había estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras porque escribía; Castellanos lo cuenta de la siguiente manera:

Alguien me reveló que eso que yo hacía se llamaba literatura. Más tarde averigüé que hay una facultad universitaria en la que se estudian su historia y su técnica. Fui a inscribirme a ella. Sólo para convencerme de que la enumeración de fechas y de nombres, el catálogo de estilos y el análisis de los recursos no me ayudaban en lo más mínimo a entender nada [...]. El ángel de la guarda en turno me hizo ver que, contiguas a las clases de literatura, se impartían las de filosofía. Y que allí sí.³

Sobre cultura femenina reseña a los filósofos que la joven había leído con devoción. No sé cómo recibieron esos ojos y esa cabeza afirmaciones como las de Schopenhauer, que dice que “las mujeres son toda la vida verdaderos niños”, o “padecen miopía intelectual” o “han sido creadas únicamente para la propagación de la especie”. No sé qué efecto le haya causado Weininger, quien asegura que las mujeres somos pura sexualidad, que somos incapaces de ideas morales, y

² *Ibid.*, p. 16.

³ “Si ‘poesía no eres tú’ entonces ¿qué?”, en *Mujer que sabe latín*, SepSetentas/Diana, México, 1979, p. 205.

que ni siquiera tenemos la posibilidad de mentir, porque para mentir es necesario entender la verdad y nosotras no la comprendemos.

El asunto con Weininger es realmente interesante. En diciembre del año pasado incluí *Sexo y carácter* en el paquete que me regalé para Navidad. Siempre me había causado cierta curiosidad, porque es muy citado para algunos de los temas que me interesan. El libro dice una impresionante cantidad de necedades, entre las cuales, la más notable es la teoría de la impregnación; según esta, una mujer puede quedar embarazada a distancia:

Siendo la mujer entera y únicamente sexual, y extendiéndose esta sexualidad a todo el cuerpo, aunque en algunos puntos sea más marcada que en otros, todas las mujeres, sin excepción, se sienten en coito continuo, en todo el cuerpo, en todas partes y en todas las ocasiones [...]. Todo aquello que una vez ha impresionado a una madre, continúa impresionándola, según la intensidad de la impresión [...] y todo se transforma en padre de su hijo, en el comienzo de un desarrollo cuyo resultado se manifestará en la prole.⁴

En 1903, año de la aparición de *Sexo y carácter* y de la obtención del grado de doctor de Otto Weininger, aparentemente podía creerse en tal posibilidad, de la misma manera que se sostenía que las prostitutas eran estériles. En todo caso, lo insólito no es que un filósofo idealista alemán del siglo XIX fuera misógino ni que en 1950 una joven estudiante de filosofía pudiera tomarlo como autoridad; lo sorprendente es que una feminista de 51 años se lo trague en pleno siglo XXI prácticamente sin respirar a lo largo de 500 páginas. Y tal cosa sólo es posible porque sus necedades están escritas de manera fascinante. No puedo sino imaginar el magnético poder de seducción con que el suicida de 23 años atrapó a la joven Castellanos, totalmente indefensa, sin nadie que la amparara, porque en ese momento el único pensamiento feminista con que ella contaba era el de Virginia Woolf, a quien

⁴ Otto Weininger, *Sexo y carácter*, Losada, Madrid, 2004, pp. 358-359.

había leído fervorosamente, pero que no era más que una voz aislada en el conjunto del sentido común, el cual aseguraba que las mujeres debían quedarse en su casa a cuidar a los niños y atender al marido. Ciertamente, en el texto Castellanos acepta la “indiscutible” sabiduría de estos señores y asume su inferioridad:

Si comparo mi inteligencia con la de un hombre normalmente dotado (siendo yo una mujer normalmente dotada) es seguro que me superará en agudeza, en agilidad, en volumen, en minuciosidad y sobre todo en el interés, en la pasión, consagrados a los objetos que servirían de material a la prueba [...]. Desde su punto de vista [el de un hombre] yo (y así todas las mujeres) soy inferior. Desde el mío, conformado tradicionalmente a través del suyo, también lo soy. Es un hecho incontrovertible, allí está. Y puede ser que hasta esté bien.⁵

Sin embargo, ya desde ese momento discute el problema que en ella suscita la existencia de esos escasos productos culturales que han salido de las manos de las mujeres:

¿Cómo lograron introducir su contrabando en fronteras tan celosamente vigiladas? Pero sobre todo ¿qué fue lo que las impulsó de modo tan irresistible a arriesgarse a ser contrabandistas? Porque lo cierto es que la mayor parte de las mujeres están muy tranquilas en sus casas y en sus límites sin organizar bandas para burlar la ley [...]. ¿Por qué entonces ha de venir una mujer que se llama Safo, otra que se llama Santa Teresa, otra a la que nombran Virginia Woolf, alguien [...] que se ha bautizado a sí misma y se hace reconocer como Gabriela Mistral, a violar la ley? Estas mujeres y no las otras son el punto de discusión.⁶

Según Gabriela Cano, a pesar de su talento, Rosario Castellanos nunca se sintió cómoda en la carrera de filosofía y pronto descubrió que su manera de entender los conceptos era a través de imágenes, es decir, por una vía fundamentalmente poética. Por lo visto, a la hora de redactar la tesis, logró desarrollar “dos niveles discursivos: el de la argumentación teórica y el de las imágenes literarias que dan cuerpo al razonamiento expuesto” (p. 31). Lo que vuelve más interesante aún la lectura de *Sobre cultura femenina* —además del

⁵ *Sobre cultura femenina*, p. 82.

⁶ *Idem*, pp. 83-84.

atisbo hacia el pensamiento filosófico— es esa capacidad que prefigura su obra posterior: las imágenes literarias fueron perdurables en la escritura y hoy mantienen su fuerza. Sin embargo, la conclusión es inquietante para cualquiera que lea con la perspectiva del siglo XXI:

La conclusión principal de *Sobre cultura femenina* es considerar la producción cultural como una tentativa masculina a la que los hombres recurren para trascender en el mundo [...] y superar la finitud humana. Las mujeres [...] logran esa trascendencia a través de la maternidad [...] no tienen necesidad de producir cultura para permanecer en el mundo.⁷

Veintiún años después era obvio que había abandonado la concepción de dos esferas separadas de acción y reivindicaba la presencia y el lugar de las mujeres en el pensamiento humano.

También dejaría atrás la atribución de cualidades subjetivas inmutables y esferas de acción social distintas y predeterminadas a hombres y mujeres [...] hizo suya la filosofía existencialista y, en especial, el pensamiento de Simone de Beauvoir [...]. Castellanos se convenció de que las mujeres llegan a ser tales a través de un proceso social y cultural que les imprime cualidades femeninas.⁸

¿Qué le ocurrió durante esas dos décadas? Se casó, perdió dos criaturas, tuvo un hijo, se divorció, fue nombrada embajadora de México en Israel. Además, escribió más de veinte libros y firmó un espacio en la página editorial de *Excelsior*, única pluma femenina todavía en los años setenta.

¡Más de veinte libros en dos décadas! El prodigio sólo es explicable con una disciplina de hierro: diez páginas diarias en la mañana. Hazaña sobrehumana para alguien que —como yo— apenas logra pergeñar uno o dos párrafos en jornadas de aterradora sequedad. Para alguien —como yo— que todavía no ha logrado establecerse un ambiente de trabajo lo bastante organizado como para garantizar el sagrado mandamiento de escribir todos los días.

⁷ Cano, *op. cit.*, p. 24.

⁸ *Ibid.*, pp. 26-27.

Es decir, lo que ocurrió durante esas dos décadas es que Rosario Castellanos encontró, por las dos vías —la femenina y la masculina— la trascendencia del espíritu y la plenitud humana. Se coló de contrabando por la frontera celosamente guardada. Lo que encontró fue una distinta causa de la exclusión de las mujeres en los textos de Simone de Beauvoir, Betty Friedan, Kate Millet, Germaine Greer:

desde que nace una mujer la educación trabaja sobre el material dado para adaptarlo a su destino y convertirlo en un ente moralmente aceptable, es decir, socialmente útil. Así se le despoja de la espontaneidad para actuar, se le prohíbe la iniciativa de decidir; se le enseña a obedecer los mandamientos de una ética que le es absolutamente ajena y que no tiene más justificación ni fundamentación que la de servir a los intereses, a los propósitos y a los fines de los demás.⁹

Y se dedicó a leer. Se dedicó a recuperar la herencia con que muchas otras mujeres demostraban que la cultura no estaba determinada exclusivamente por el sexo de las personas. En *Mujer que sabe latín* reseña la obra de Natalia Ginzburg, Isak Dinesen, Simone Weil, Elsa Triolet, Violette Leduc, Agatha Christie, Patricia Highsmith, Virginia Woolf, Margaret Cavendish, Ivy Compton-Burnett, Doris Lessing, Penélope Gilliat, Lillian Hellman, Eudora Welty, Mary McCarthy, Flannery O'Connor, Betty Friedan, Clarice Lispector, Mercedes Rodoreda, Corín Tellado, María Luisa Bombal, Silvina Ocampo, Ulalume González de León, María Luisa Mendoza. Esto no quiere decir que se haya vuelto una lectora mujerista:

Desde joven la autora se distancia de un feminismo superficial: no quiere exaltar gratuitamente las producciones culturales de mujeres ni se propone defender a las escritoras, sino que busca entender y explicar sus obras utilizando la misma vara empleada para valorar a la literatura escrita por hombres.¹⁰

Por lo tanto, está leyendo a todas estas mujeres y muchas más, al tiempo que cita autores del sexo masculino (por ejemplo, Gorostiza, Proust, Lukacs, Chesterton). El espectro

⁹ "La mujer y su imagen", en *Mujer que sabe latín*, p. 14.

¹⁰ Cano, *op. cit.*, p. 33.

en que se desarrolla su pasión de lectora es muy amplio, aunque seguramente se estaba haciendo preguntas acerca de la escritura femenina que se volvieron muy pertinentes en los años ochenta y noventa.

No creo que Rosario Castellanos estuviese proponiendo la inclusión de estas autoras en el canon universal. Tampoco creo que quisiera elaborar un canon femenino. Simplemente estaba leyendo todo lo que le caía en las manos con entusiasmo e inteligencia. En muchos momentos me invita a leer a las autoras que no conozco y a visitar a las que ya he leído. No puedo evitar preguntarme cómo hubiera sido el mundo si ella no se hubiera ido en 1974. Con qué mirada habría visto las innumerables cosas que han ocurrido hasta la fecha. Y sin embargo sé que no se fue del todo. Está aquí, en sus textos, asombrosamente contemporáneos, y ahora es perennemente joven ●

Hortensia Moreno

Rosario Castellanos: *Sobre cultura femenina*. Fondo de Cultura Económica, México, 2005.